

fue también conducido á Roma el P. Gentilini y encerrado en el castillo de Santángelo.

Empezóse á sustanciar la causa; y muchos fueron de parecer que por reincidente debía condenársele á muerte. El P. Pignatelli, cuando lo supo, dijo terminantemente que la sentencia no tendría efecto: y así fue: contentáronse con 20 días de reclusión rigurosa, y «hoy, 22 [de Julio] el comisario le dio libertad,» dice el P. Luengo: y añade, que estuvo en el mismo cuarto, en que vivió por más de dos años y santamente murió el Padre General Lorenzo Ricci; y que aprovechó aquel tiempo para hacer con toda paz y calma los santos ejercicios. Después de puesto en libertad, quería el gobierno enviarle á Venecia, su patria: resistióse él: y el P. Pignatelli obtuvo á costa de mucho trabajo que se le permitiese quedar en Roma<sup>1</sup>.

Con esto redobló su vigilancia la policía, y se empezaron á espíar con más diligencia los pasos y conducta de los Padres de San Pantaleon. Fueron frecuentes las visitas y pesquisas; comisarios y agentes, gendarmes y espías se dejaban ver por aquellas calles, no perdiendo de vista la casa, y á lo mejor penetraban en ella con espanto y desconcierto de sus moradores. El P. Pignatelli, sin dar señal alguna de extrañeza por ello, acogíalos con apacible rostro y finos modales, escuchaba lo que tenían que decir, satisfacía á sus preguntas, y despedíalos trocados de mal prevenidos y hostiles en afectos y benévolo.

Cierto día, cuando por su extremada flaqueza acababa de recostarse en el lecho para descansar, llegó á la puerta el comisario del barrio de los Montes, y ardiendo en ira, preguntó por él: ofrecióse muy cortésmente el portero á pasarle aviso; mas el comisario no le hizo caso, sino que, bufando y hablando entre

<sup>1</sup> Así dice el P. LUENGO, (*Diario*, Tomo 44, pág. 347), el cual fue testigo de vista de todo lo que pasó. El P. BOERO dice: «La pena capital se le conmutó en destierro á la isla de Elba; sitio, que después por la actividad é industria del P. Pignatelli, se le conmutó en el reino itálico.» La causa del destierro á la isla de Elba fue otra, como luégo se dirá: pero no se verificó, sino que se le confinó á Venecia.

dientes, subió la escalera, dio con la punta del baston un fuerte golpe en la puerta del Siervo de Dios, y sin quitarse el sombrero, se entró lanzando por los ojos rayos de indignacion y despecho. Salta de la cama el buen Padre, recibe al importuno huésped, y con mucha afabilidad hácele sentar á su lado. No se sabe lo que diría para amansar aquella fiera; pero el hecho fue, como depone el referido Hermano que se estuvo inmóvil á la puerta del aposento, que, á poco salió el hombre con el sombrero en la mano, besó reverente la del P. Pignatelli, y despidiéndose con demostraciones de respeto y veneracion, dijo que tendría gran placer en hablar otras veces con aquel santo sacerdote.

Presentóse otro en el hospicio dándose aires de agente de policía; y el Siervo de Dios, que sospechó de engaño, porque en aquellos días andaban muchos por Roma turbando la paz de las familias con semejantes embustes, se negó á reconocerle por tal si no presentaba algun comprobante de su autoridad. Indignóse hasta no poder más aquel insolente; y levantando el grito, llenó de injurias y apodos al Siervo de Dios, con la amenaza de que le mandaría llevar preso; á lo que con grande quietud respondió el Padre, que era muy dueño de prenderle, y que no sería para él la primera vez aquella. Esto solo bastó para que aquel hombre bajase el tono, pidiera humildemente perdon al que pretendía sorprender, y en lo sucesivo le profesara veneracion y respeto.

Muchos sucesos semejantes pudiera referir, pero bastarán para muestra estos dos, pues lo mismo en ellos que en los demás resalta una cosa que parece prodigio, y es, que yendo todos aquellos satélites con la firme resolucion de hacer jurar á los Padres ó desterrarlos, apenas llegaban á la presencia del Padre Pignatelli, sentíanse con una especie de encanto tal, que daban la vuelta sin haber hecho nada y como olvidados de lo que al ir se proponían.

Entretanto desahogaba el gobierno su ciega cólera contra las personas consagradas á Dios. Cerrábanse todos los días conventos de religiosos, á los cuales echaban á la calle, apropiándose los edificios y destinándolos á usos profanos. Las mismas religiosas,

unas eran trasladadas á otros conventos, otras enviadas á sus familias. Suprimiéronse las diócesis de todos los obispos que se negaron á prestar el juramento de fidelidad, y agregáronlas á las de los obispos que la habían jurado; con lo cual se redujeron á solas ocho las treinta y dos que había en los estados del Papa. Durante el mes de Agosto se envió á destierro á los párrocos fieles á las instrucciones de Su Santidad relativamente al dicho juramento. Las religiosas lo pasaron menos mal, merced á la caridad y prudencia del P. Pignatelli.

«Habiendo llegado orden del gobierno francés,» dice el cardenal Odescalchi<sup>1</sup>, «de enviar á sus casas las religiosas; yo, que era jovencito, y estaba encargado de los monasterios, me dejé guiar en este asunto por el P. Pignatelli: el cual me aconsejó que buscase manera cómo alcanzar el intento de permanecer las religiosas ocultas al gobierno, y conservar reunidas el espíritu religioso, insinuándome que no en monasterios, sino en casas particulares, y estas alquiladas, se juntasen en varios grupos. Yo le obedecí como á un oráculo: y puedo asegurar que el resultado fue tan feliz, que se mantuvo el espíritu religioso mucho más en estas casas particulares, que en los conventos mismos que se conservaron. Y de mí y de aquellas religiosas se decía: «Esto se debe al P. Pignatelli.» Hasta aquí el cardenal, y en otra parte<sup>2</sup> había dicho que al P. Pignatelli le consultaban también como á un oráculo Padres dotados de mucha doctrina, que vivían con él.

El 21 de Setiembre vióse otra vez molestada la casita del Buen Consejo con la presencia de un comisario, que fue á pedir lista de los que en ella moraban<sup>3</sup>. Dióselo el P. Pignatelli, y fue la misma que otras veces, sin incluir á los Hermanos y sin omitir el nombre del P. Gentilini, que tan odioso era á los usurpadores.

<sup>1</sup> *Process. Rom.*, fol. 504.

<sup>2</sup> *Ibid.*, fol. 501.

<sup>3</sup> P. LUENGO, *Diario*, Tomo 44, pág. 742.

Por este mismo tiempo y á fines de este mes llegó á Roma D. Nicolás Blasco Orozco, comisario regio de España en aquella ciudad<sup>1</sup>. No quiso visitarle el P. José, ya porque no se tenía por español, ya porque Orozco servía al rey intruso José y le había jurado fidelidad. Fuele á visitar á él el comisario: el cual se admiró grandemente al ver á un anciano tan venerable y de tan noble alcurnia habitando en un casuchon á sus ojos tan despreciable, y en un aposento tan reducido, que apenas cabían en él tres hombres sentados.

Visitóle también su sobrino el general Eugenio Pignatelli, de quien hemos hablado ya. Preguntóle en qué le podía servir, y él dijo que solo deseaba una cosa; y era, que no se alterase la paz de aquel retiro: por lo cual le suplicaba, que á ser posible, le librase de las frecuentes visitas de inspeccion, que sin derecho alguno se les hacían. Prometió el general hacer cuanto estuviese de su parte; y se apalabró con su tío para encontrarse juntos tal día y á tal hora en casa del general Miollis, con quien haría valer su recomendacion y autoridad.

Acudió el Siervo de Dios á la cita, y una por una deshizo todas las calumnias y acusaciones hacinadas contra los Padres de San Pantaleon y que presentó en un gran paquete de cartas el general Miollis; el cual, plenamente satisfecho de los descargos, dijo sonriéndose: «Lo que más hiere los oídos de los agentes es una campanilla, que varias veces al día se oye tocar dentro de la casa;» y quería decir, que cierta gente no podía tolerar aquella reunion de jesuitas, que vivían en comunidad. Á lo cual respondió el Padre también con sonrisa: «Ya se ve, no es extraño; porque somos españoles, y guardamos la costumbre de las casas grandes de España, en las que con una campana se suele dar señal para comer y cenar.» — «Pues bien,» añadió Miollis: «tocad enhorabuena la campana cuanto queráis; y yo os prometo que no tendréis de aquí en adelante más pesquisas ni visitas.» Y así fue, porque ni entonces, ni después de la muerte

<sup>1</sup> P. LUENGO, *Diario*, Tomo 44, pág. 772.

del Siervo de Dios, volvieron los Padres á tener la menor molestia.

Celebróse este año con la acostumbrada magnificencia la festividad del apóstol de las Indias San Francisco Javier. Durante la novena predicó el anciano P. Panizzoni, y el día de la fiesta pronunció un elocuente panegirico el P. Gentilini, que estaba todavía en Roma. Su discurso excitó las iras del gobierno revolucionario. Formósele proceso, después de haberle arrestado el día 11 de este mes de Diciembre y encerrado en el castillo de Santángelo. Tres días después, esto es, el 14, sin haberle hecho interrogatorio alguno, vino entre dos comisarios á la casa del Buen Consejo; metiéronse los tres en el aposento del P. Gentilini, y después de un buen rato, sin saberse lo que allá dentro hicieron, fue conducido segunda vez al castillo.

Quedó con algun cuidado el P. Pignatelli, pero duró muy poco su recelo; porque al día siguiente volvió del castillo á la casa el P. Gentilini, acompañado de solo un comisario de policía, y públicamente, y viéndole y ayudándole los de la casa, metió en su baúl las cosas que el día ántes había preparado y las demás que quiso; y dejando su cofre dispuesto para la marcha, otra vez se volvió con su comisario al castillo, no sin haberse ántes despedido del P. Pignatelli y de los demás de la casa, y participádoles que se le había condenado á destierro en la isla de Elba, para donde tenía que partir dentro de pocos días.

La pequeña isla de Elba, muy inmediata al puerto de Liorna, era el lugar señalado para destierro de los eclesiásticos díscolos y enemigos del Emperador; y al destierro solían añadir un riguroso ayuno á pan y agua. Sintió vivamente el P. Provincial Pignatelli este injusto castigo: y sin perder un instante de tiempo, por sí mismo y por muchas personas autorizadas que le estimaban y favorecían, empezó á trabajar para impedir la ejecución de la sentencia. Obtuvo de pronto la dilacion del viaje por algunos días: conseguido lo cual, tuvo tiempo para manejar el negocio con más eficacia; y al fin á fuerza de súplicas y recomendaciones se revocó por el general Miollis la sentencia, y se le conmutó en

otra mucho más benigna. El día treinta, por la mañana, salió del castillo: y como reo todavía, se le condujo al tribunal de Olivetti, comisario general: este le intimó que definitivamente se le desterraba de Roma con orden de retirarse á Venecia, de donde era natural.

Recibió Gentilini con sumision la sentencia, y ofreció conformarse exactamente con ella: y luégo dirigiéndose á Olivetti, le dice: «Un favor desearía me concediese el señor comisario.» — «Pedid,» respondió este. — «Quisiera,» dijo el Padre, «que me permitiese volver al castillo, para comer con mis compañeros en aquella prision y despedirme de ellos.» El corso Olivetti, grandemente admirado del buen humor y serenidad de Gentilini, le dijo sonriendo: «Por mi parte no hay dificultad en que vayáis al castillo.» Fuese allá en efecto: comió alegremente con sus comprisioneros, despidióse de todos, y volvió á dormir á su casa del Buen Consejo, de donde salió para Venecia á principios del próximo Enero<sup>1</sup>.

Desde la salida de los otros Padres italianos de la casa del Buen Consejo, se le disminuyeron un poco los gastos al P. Provincial Pignatelli. «Con todo esto,» escribe el P. Luengo, «son tan grandes, que pocos días ha me dijo el anciano P. Juan Suárez, súbdito suyo, que en cuanto ha leído no ha visto un milagro tan patente de la Providencia del Señor. Él,» continúa, «no tiene un maravedí de pension ni de renta, ni por Nápoles ni por España, ni le recibe hace ya mucho tiempo de sus ricos parientes; y no obstante mantiene con toda decencia á todos sus súbditos en las tres casas, y aun á algunos fuera de ellas; da mucha limosna pública y secreta á toda clase de personas, y aun á la puerta de su casita se da limosna de pan y de algo de olla á setenta ú ochenta pobres: y lo más singular es, que siempre habla en este asunto como hombre que tiene una absoluta seguridad de que no le falte para todo lo que pueda ocurrir. En efecto, he oído hablar varias veces de gruesas limosnas, que le han venido de personas

<sup>1</sup> P. LUENGO, *Diario*, Tomo 44, pág. 1051.

desconocidas y aun sin saberse de modo alguno quién es la persona que se las envía.» Hasta aquí el P. Luengo<sup>1</sup>.

Una de las personas, que á juicio de este Padre proveían con abundancia al P. Pignatelli, era Gonzalo Adorno, que en tiempo de la extincion de la Compañía era Hermano escolar, y se quedó sin ordenarse. Adquirió una regular fortuna; y por este tiempo trataba familiarmente con el P. José y con los de su comunidad, y en la casa del Buen Consejo se retiraba algunos días para entregarse á ejercicios de piedad y devocion<sup>2</sup>.

<sup>1</sup> *Diario*, Tomo 44, pág. 1064.

<sup>2</sup> *Ibid.*, pág. 1065.

## CAPÍTULO VII

Caridad heroica del P. Pignatelli durante la dominacion francesa en Roma y la ausencia de Pío VII. — Ofrece oraciones y penitencias por sus prójimos. — Consuela á los afligidos. — Distribuye abundantes limosnas, y no las admite por los ministerios. — Provee á los suyos con largueza. — Provéele el cielo milagrosamente de dinero para hacer limosnas. — Con luz superior conoce las necesidades de los prójimos, y las remedia. — Don de profecía y de consejo. — Dominio sobre las enfermedades. — Sufre con alegría en los casos adversos.

1809 — 1811

Hemos llegado ya á la última época de la vida del P. Pignatelli. Parece se complació el cielo en que el santo varon resplandeciera como astro refulgente en medio de la oscura noche, en que se hallaba sepultada la ciudad eterna. Entonces realmente fue para muchos un puerto de refugio en la violenta y brava tempestad que se había desencadenado contra la Iglesia y contra la sociedad. En la escuela de la tribulacion y con la experiencia de sus propias calamidades, que le acompañaron casi todo el tiempo de su vida, aprendió el P. Pignatelli á compadecerse de las ajenas; y no hay para qué decir cuán en lo vivo le tocaban los males que padecían la Iglesia y el Estado.

Lloraba sin consuelo en la presencia de su Dios, y ofrecía continuas plegarias y penitencias, ya para aplacar la justicia del Señor, ya para alcanzar abundantes auxilios y socorros á los atri-